

Maternidad adolescente y proyecto de vida. Un estudio intergeneracional desde los márgenes urbanos.

Adolescent maternity and life project. An intergenerational study from the urban margins.

*Valeria Mesías Rodríguez**

Resumen

En América Latina, a partir de 1980, el embarazo adolescente ha sido considerado un problema social y de salud pública. El discurso institucional, adultocéntrico, especializado y modernizador ha categorizado a este fenómeno como un indicador de subdesarrollo, como un acto fallido en el proyecto de vida de las adolescentes, desconociendo los sentidos que tiene la maternidad en su propia experiencia. En esta investigación se compara el proyecto de vida de tres generaciones de mujeres que han sido madres adolescentes entre la década de 1980, 2000 y 2010, contrastando discurso público y experiencia social, mediante 40 entrevistas semiestructuradas. El encuentro entre biografía e historia y el enfoque interseccional permitieron un acercamiento situado a la articulación entre maternidad adolescente y reflexividad en contextos de pobreza y marginalidad.

Palabras clave: maternidad adolescente, proyecto de vida, interseccionalidad, experiencia social, marginalidad urbana.

Abstract

In Latin America, since 1980, teenage pregnancy has been considered a social and public health problem. The institutional, adult-centered, specialized and modernizing discourse has categorized this phenomenon as an indicator of underdevelopment, as a failed act in the life project of adolescents, ignoring the senses that motherhood has in its own experience. This research compares the life project of three generations of women who have been teenage mothers between the 1980s, 2000s and 2010, contrasting public discourse and social experience, through 40 semi-structured interviews. The intersection

* Mg. en Sociología, Licenciada en Comunicación con mención en Periodismo para prensa, radio y televisión, académica en la Facultad de Comunicación de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador sede Santo Domingo. Correo de contacto: vamesiasr@pucesd.edu.ec

between biography and history will be the way for an approach to the complex articulation between adolescent motherhood and reflexivity in contexts of poverty and marginality.

Key words: teenage motherhood, life project, intersectionality, social experience, urban marginality.

Fecha de recepción: Mayo 2020

Fecha de aprobación: Diciembre 2020

Introducción

La maternidad ha sido construida como un fenómeno homogéneo por el discurso público, a través de roles, estereotipos y normas que producen un ideal maternal (Saletti, 2008) legitimado por la religión, el sistema de salud, el Estado, la familia y los mismos discursos feministas. En cambio, la experiencia social sobrepasa la institucionalidad discursiva, fija y ahistórica, centrándose en la acción del individuo socializado. En ese sentido, la contribución de este estudio es explicar que no podemos comprender la maternidad únicamente como un problema o como un obstáculo para lograr el proyecto de vida de las mujeres.

Por el contrario, demostraremos que la maternidad cambia en cada contexto histórico de las mujeres, puesto que su experiencia es concreta en relación con categorías como: adolescencia, proyecto de vida, maternidad, clase social, territorio y generación¹, confirmando que existen diversos modos de vivir la maternidad, de acuerdo con las concepciones, normas, creencias y valoraciones propias de cada cultura (Lagarde, 2014) que, en ocasiones, terminan desafiando los discursos hegemónicos que abordan el fenómeno únicamente desde un enfoque problematizador y de riesgos.

Este artículo presenta los hallazgos de un trabajo de campo de cinco meses durante los cuales se entrevistó a 40 mujeres de la cooperativa de vivienda Cristo Vive, distribuidas en tres generaciones, por condición etaria. Se utilizó el método comparativo para establecer patrones de parecidos y diferencias (Ragin, 2007) entre las tres generaciones que fueron madres adolescentes entre 1980, 1990 y 2010, encontrando los significados atribuidos a la maternidad por cada una. Por otra parte, el espacio ha sido una categoría analítica para situar la condición de clase de las mujeres en torno a la idea de que el territorio, y concretamente la composición social de lo urbano marginal (Climent, 2002; Kaztman y Retamoso, 2005) influyen en la forma en que se experimenta la maternidad.

En consecuencia, se han construido tres tipologías de maternidad: cíclica, modernizante y liberal, para explicar las formas concretas en que tres generaciones de mujeres de un barrio urbano marginal de la ciudad de Santo Domingo (Ecuador), han

¹ «Generación» es una categoría analítica y metodológica para organizar la información en cortes temporales. No es solamente un dato cronológico, biológico o un factor natural, sino que agrupa a sujetos que piensan y actúan de modo similar porque ocupan posiciones afines en la estructura social (Mannheim, 1928).

experimentado la maternidad adolescente. Es una postura analítica que, a diferencia de los discursos antes enunciados que conciben a la maternidad como una forma de opresión y despojo, propone observar los sentidos y expectativas de las mismas mujeres, situando en el centro su propia experiencia (Zaldúa, 2009; Sanhueza, 2005 y García, 2014) de maternidad naturalizada, gozosa y a veces ambivalente.

Maternidad y adolescencia como problema

La maternidad ha sido considerada una cuestión privada, íntima y biológica (Taillefer de Haya, 2011), una institución fundante de la subjetividad e identidad femenina, pese a ser una construcción fundamental para la reproducción de la especie humana (De la Concha y Osborne, 2004), de la cultura y de la sociedad. Sobre este hecho biológico existe un discurso normativo, un tipo ideal que encarna en las mujeres como modelo y condición de la femineidad, legitimado a través de instituciones como la familia, la religión, el Estado, los sistemas de salud, de educación, la cultura y los mismos discursos feministas que piensan a la maternidad como un obstáculo en el proyecto de vida de las adolescentes.

Para el feminismo liberal, la maternidad despersonaliza a las mujeres, expropiándolas y convirtiéndolas en un ser para los otros, que cumplen con un deber ser asociado al irrenunciable amor maternal (Lagarde, 2014). La maternidad impediría realizar sus proyectos de vida al obligarles a hacer grandes inversiones de esfuerzo físico, psíquico y a una serie de renunciaciones personales (Badinter, 2011). Para el feminismo radical, la maternidad es una forma de esclavitud que convierte los cuerpos en máquinas para la procreación, obligando a las mujeres al trabajo inmaterial y afectivo no remunerado.

Para el feminismo marxista, el control del cuerpo y de la sexualidad de la mujer, ha sido uno de los más grandes logros del capitalismo mercantil², industrial y contemporáneo, dado que, a más cuerpos producidos, mayor fuerza de trabajo y mayor acumulación de riqueza para el capital. Esta expropiación material sería posible por una cultura de la abnegación, “servidumbre voluntaria” (Lagarde, 2014, p. 132) o sumisión paradójica/encantada (Bourdieu, 2000) de las mujeres frente a su rol de madres. De acuerdo con este discurso, la maternidad satisfaría carencias afectivas, “más allá de las capas sociales y de la cultura” (Contreras, et.al., 1991).

Sin embargo, la dimensión del problema es mayor si nos referimos a la maternidad “adolescente”³ y en condiciones de marginalidad. Desde la perspectiva adultocéntrica y

² Durante la transición del Feudalismo al Capitalismo en Europa en el siglo XVI, se desarrolló una nueva división sexual del trabajo que excluyó a las mujeres del trabajo socialmente reconocido (Federici, 2010). Así se impuso la maternidad forzosa (Sacks, 1979). El nuevo paradigma de femineidad (de mujer casta, pasiva, obediente, asexual y maternal) se reafirmó en el siglo XIX, con la familia moderna.

³ La categoría «adolescencia» se creó a partir del siglo XVIII con la Revolución Industrial, como un período de formación de los jóvenes para después ser integrados a la vida productiva y social (Genolet et. al., 2004). En el siglo XIX, se convirtió en un período de permisividad o de «moratoria

modernizadora, el embarazo en esta edad, supone un gran conflicto, por ser contemplado como un obstáculo para la conquista de un proyecto de vida propio. En 1974, la OMS incorporó la maternidad “precoz” al concepto de salud adolescente como un problema biológico, psicológico, médico, ético, religioso, económico, demográfico y legal (Genolet et. al., 2004), como un rol de la edad adulta, al que se le atribuían distintas consecuencias en la salud, en el abandono escolar y en la inserción precaria en el mercado laboral.

A fines de la década de los 70, la demografía, la medicina y la psicología social responsabilizaron al embarazo adolescente de la transmisión intergeneracional de la pobreza (CEPAL, 2014; Climent, 2002; Medina, 2000). No obstante, se ha demostrado que son “las múltiples situaciones ligadas a la escolaridad, el trabajo y la familia, que se traducen en oportunidades o limitaciones sociales, económicas e incluso culturales” de las adolescentes (González 2010, 47; Climent, 2002) de ahí que “no tiendan a convertirse en motivadas y aventajadas solo con posponer la llegada del primer hijo” (García, 2014:22).

A partir de la década de los 80, el embarazo adolescente ha sido un problema social y de salud pública en América Latina. Se trata de la región del mundo con el mayor número de nacimientos en mujeres adolescentes (CEPAL, 2014). Además, está por encima del contexto mundial en las tendencias de menor descenso de la tasa de fecundidad adolescente (-12.9) en los últimos 20 años (1990-2010). En Ecuador, la tasa específica de nacimientos en mujeres de entre 15 y 19 años, en 1980 fue de 87.03%; en 1990, disminuyó a 73.62%; en 1999, alcanzó su cifra más alta (88.46%); se mantuvo como tendencia al 2010 (83, 97%) y en el 2013, disminuyó hasta alcanzar 72.93% (INEC, 2014), la cifra más baja de los últimos 25 años.

Sin embargo, la maternidad adolescente también podría ser interpretada como un acto afectivo, un vínculo experimentado no como un conflicto ni como una forma de explotación o incluso como una experiencia ambivalente. Es más, a pesar de que el enfoque de riesgos señala que en contextos de pobreza “las posibilidades para planificar la vida, a mediano y largo plazo, son muy limitadas” (Larrea, 1994, p. 42), otras posturas teóricas observan a la maternidad desde los sentidos de las mismas mujeres, comprendiendo sus “disposiciones (sentidos, expectativas, deseos) y estrategias” (Zaldúa, 2009, p. 307).

De ahí la necesidad de profundizar en el estudio de la maternidad adolescente como experiencia social para comprender que incluso “la dominación más absoluta no basta para reducir la experiencia de los actores a roles impuestos, constituyéndose, sin duda socialmente, una subjetividad propia” (Dubet, 2010, p.90). Por eso reconocemos que el proyecto de vida⁴ es “una forma de combinación histórica y específica de la reflexividad

social» (Margulis y Urresti, 2008) para los jóvenes varones, urbanos, de clase media, que les permitía postergar los roles de la edad adulta. Los adolescentes de estratos marginales, lejos de experimentar la adolescencia como un período de moratoria social, vivían la adolescencia como un tiempo en el que eran forzados a la maduración social (Wortman, 1992). No fue sino hasta la segunda mitad del siglo XX que esta categoría adquirió relevancia para las mujeres, a raíz del *baby boom* en EUA

⁴ El concepto de «proyecto de vida» fue concebido a mediados del siglo XX, con el auge de los Estados de Bienestar (Medan, 2012) para denotar la autonomía del individuo tras el fin de la

agencial” (2012, p. 29). Los individuos como agentes sociales asumen una postura intencional y reflexiva frente a las posiciones estructurales en las cuales nacen y crecen, construyendo con ello sus proyectos o cursos de acción (Aedo, 2012) que pueden ser reflexivos o utilitarios y con sentido práctico.

Tipologías de maternidad adolescente

Maternidad cíclica

La primera generación de mujeres entrevistadas fue madre adolescente durante la década de los 80s, en un entorno predominantemente rural. En esa época, su concepción del tiempo podría entenderse como circular. Su experiencia vital está estructurada en función de cumplir con ciclos naturales como: nacer, crecer, reproducirse y transmitir sus costumbres, prácticas y tradiciones, de modo que el mismo ciclo se repita en las siguientes generaciones. Son mujeres pre modernas que encarnan el discurso del subdesarrollo, que no buscan el progreso al que aspiran las mujeres de la segunda y tercera generación. Si emigran del campo a la ciudad, no es por deseo propio, sino porque las circunstancias económicas las obligan, una vez perdidos los recursos que tenían para la subsistencia en el campo.

En 1975, en Santo Domingo ya había terminado la adjudicación de tierras y los procesos de colonización en el territorio rural y se consolidaba un proceso de concentración de la tierra en grandes propiedades, a partir de la introducción de cultivos de gran inversión para cubrir la demanda del mercado de exportación. Programas de desarrollo rural como el UDRI (1983) y el Proyecto BID 674, lejos de generar impacto en la producción y comercialización agropecuaria, priorizaron la construcción de infraestructura vial; además, no había crédito estatal para pequeños y medianos campesinos.

Estas condiciones influyeron en la disminución del crecimiento demográfico del sector rural⁵ que, a fines de la década de los 70, se desplazó hacia lo urbano. En las mujeres de esta primera cohorte, la experiencia vital no está planificada o por lo menos no a mediano y a largo plazo. Es una generación que repite constantemente la historia, que conserva y transmite. Su experiencia transcurre en un tiempo cuyo ritmo se percibe como lento. No existen grandes acontecimientos en su ciclo vital, así que tampoco existen

adolescencia. Desde el enfoque de riesgos, el proyecto de vida es un plan a largo plazo que protege contra conductas riesgosas (Castellanos, *et. al.*, 2007) como el consumo de alcohol, drogas, delincuencia o embarazo adolescente que sería atribuido al inicio precoz de la vida sexual, al desconocimiento de los métodos de planificación familiar o a la reproducción de tendencias familiares. Al situar al embarazo adolescente en esa posición, se desplaza la discusión sobre clase y desigualdad social, ubicando el problema en la condición etaria.

⁵ Entre 1974 y 1990, la población rural de Santo Domingo apenas creció a una tasa anual del 1%, pasando de 72.000 a 77.000 habitantes; mientras que la población urbana, en el mismo período, creció a una tasa promedio anual del 10%, pasando de 30 000 a 114 000 habitantes. En 1982, por primera vez, la población urbana (69 000 hab.) superó a la población rural (68 000 hab.)

etapas social y culturalmente bien definidas como: niñez, adolescencia, juventud, adultez, vejez.

Tampoco existen proyectos fijados normativamente en el tiempo. Al contrario, las niñas trabajan en la agricultura desde edades muy tempranas para ayudar a sus padres a sostener familias numerosas y también hacen el trabajo doméstico. La niña es adultizada, canalizada a una maduración social que no es concebida, ni por ella ni por su medio, como un proceso violento, sino del orden natural. La adolescencia no es un período de moratoria social, sino de trabajo y de formación de una familia, de acuerdo al orden natural. El futuro no existe en tanto mejora del pasado ni del presente, sino en tanto repetición de la experiencia y de los ciclos de vida predestinados para cada mujer. En esta generación no existe un 'proyecto de vida' según el enfoque liberal, lo que no quiere decir que no tuvieran ninguno, más bien, cualquier meta (acción o expectativa, anhelo o logro concreto) que tenga el sujeto es un proyecto de vida, porque en cada una de sus acciones actúa con intencionalidad, poniendo en juego su capacidad reflexiva (Aedo, 2012).

En este caso, sus proyectos de vida serían proyectos utilitarios y con sentido práctico como tener una buena cosecha, que el marido y los hijos tuvieran salud para seguir trabajando o tener alimentos cada día. La reflexividad no se ejerce en el sentido de que el sujeto cuestione su 'destino', sino que se produce, generalmente, en el nivel de reflexión inicial como deseo; y solo en ocasiones, como producto práctico concreto.

En las condiciones de precariedad en que han sido socializadas, no hay lugar para la libre elección del individuo. El proyecto de vida consiste en repetir el legado de las generaciones pasadas. En la época de su primera maternidad, no reflexionaban sobre el sentido de la vida. Al contrario, había una concepción naturalista del cuerpo que procrea, de la vida que se produce y se reproduce espontáneamente. La maternidad es el rol biológico, su función dentro del núcleo familiar, de ahí que rechacen utilizar métodos anticonceptivos, aunque los hubieren conocido por algún medio. Si se tiene marido es para tener hijos. La maternidad es reiterada y el número de hijos por mujer es alto, de modo que dedican gran parte de su tiempo de vida a ser madres.

La educación, al ser un proyecto de largo plazo al que no se le encuentra utilidad ni sentido práctico, y menos en las mujeres, es menos valorada que tener una familia.

Ninguna oportunidad tenía porque mi papá decía que nosotras éramos mujeres, valíamos solo para parir, atender a los maridos, que mejor trabajen para él, que para qué nacieron, que para qué vivíamos (Entrevista personal, mujer de 60 años).

Además, no existen instituciones sociales, educativas o de salud que se presenten como una estructura de oportunidades para la movilidad social. La experiencia vital de las mujeres está construida en base a la experiencia familiar, vecinal o de los trabajadores de su misma condición precaria.

En mi juventud, yo pensaba que el mundo era así, que todo era maltrato, que no había otro lugar más que ese. Todos donde vivíamos eran así, borrachos, malhablados, pegaban a las mujeres, pegaban a los hijos (Entrevista personal, mujer de 65 años).

Viven en el campo con los pocos medios de producción con los que cuentan: mano de obra, animales y pequeños cultivos. El trabajo de los hombres cubre las necesidades básicas, aunque la mayoría es solventada por los productos que reciben de la tierra. En su época existen demandas básicas como alimentación y vestimenta y no la educación ni su incorporación a un mercado laboral formal. En consecuencia, la subsistencia se resuelve de manera menos *difícil* que en las generaciones siguientes.

Y esta lógica de buscar la subsistencia diaria y de no pensar en el trabajo como una posibilidad de movilidad social ni de acumulación para el futuro también revela que el sujeto no pensaba en esas posibilidades, no solo porque no fuera necesario sino porque le resultaba inalcanzable. Para estas mujeres, esta posición de conformismo aparece como un firme sentido de su realidad:

“Yo nunca era como aspirante a tener. ¿De qué me servía?, ¡ay!, ¡que yo quisiera esto de aquí, que yo quisiera esto de acá!, si no lo podía tener. Me conformaba con ganarme el diario para comer y sobrevivir” (Entrevista personal, mujer de 48 años).

La maternidad cíclica o tradicional se vive desde el lugar de la experiencia múltiple respecto al número de hijos, que no les permite el exceso de cuidados ni el sufrimiento, sino que se vive desde el cuidado colectivo, con el apoyo de los hijos e hijas mayores. La madre no tiene mayores demandas sobre sí, solamente es madre en tanto tiene su vientre a disposición de la reproducción natural. Una de las estrategias que comparten las tres generaciones de mujeres es la maternidad colectiva, es decir, apoyada por terceros. Las madres, las abuelas, las suegras, las cuñadas e incluso las vecinas son un apoyo que aligera las tareas de las madres. También los hijos apoyan en la crianza de sus hermanos menores. De ahí que las mujeres madres de la primera generación no recuerden que la crianza de sus hijos hubiere sido conflictiva.

Las madres de esta primera generación son mujeres alegres que viven el día a día, que no se preocupan por el futuro, sino por satisfacer las necesidades del presente, a veces porque no tienen los recursos para trazarse un proyecto vital diferente y en otras porque realmente están satisfechas con su vida. Existe además la mujer que gusta de la diversión, que si trabaja o tiene algo de dinero es para el regocijo y el goce del momento y que además conoce a sus parejas en bailes y fiestas organizadas por la familia o los vecinos en las fincas en donde viven. En el caso de las mujeres más de ciudad, se conserva el ideal de mujer divertida, libertina, que ya incorpora otras prácticas como las de beber alcohol.

Las madres de esta primera generación defienden una identidad de mujeres fuertes, sobre todo cuando hablan de sus partos, todos vaginales o 'normales' como ellas los denominan, en casa o en el campo, a veces asistidos por parteras pero, generalmente, partos que han tenido ellas solas, sin intervención médica.

Yo a mis dieciséis hijos los di a luz en el campo. En el campo uno toma chocolate molido, eso le ayuda para tener fuerza. Yo, sí, solita y la juventud de ahorita todas corren es al hospital (Entrevista personal, mujer de 62 años).

La maternidad cíclica ensalza el valor de lo natural. Además de la concepción o embarazo espontáneo, apuesta por la crianza de los bebés “con puro seno, nada de biberones y con pañales de tela, nada de esos plásticos que usan hoy” (Entrevista personal, mujer de 62 años). Las tecnologías y recursos que empiezan a utilizarse por las mujeres modernas son rechazadas por esta primera generación de mujeres rurales. Criarlos de manera natural, no solo hace que los niños crezcan saludables sino que confiere a las madres un status de capacidad, de poder sobre la vida de sus hijos y de eficiencia en su rol como madres.

Tabla 1. Tipología de maternidad cíclica

Tipo	Origen familiar	Educación	Trabajo	Planificación familiar	Proyecto de vida
MATERNIDAD CÍCLICA	<p>Madres en quehaceres domésticos (71%). Padres agricultores (57%). Durante la adolescencia, trabajo y labores domésticas (43%); labores domésticas (29%); educación y labores domésticas (21%). Reacción de la familia ante el primer embarazo, normalización (100%).</p>	<p>No estudió, 57%; estudió la primaria completa o incompleta, 43%. Tomó cursos de formación prácticos, 29%. Tipo de formación básica (43%) y práctica (29%). Estudios por elección propia (14%); porque no había otra opción (14%). En la época la educación no era importante, 71%. Deserción escolar por dificultades económicas y logísticas (38%), no representatividad del embarazo adolescente.</p>	<p>Empezó a trabajar en la infancia, en el campo, 57%. Considera que no había necesidad de trabajar, 29%. No trabajaba, los hombres mantenían el hogar, 64%. Quehaceres domésticos, 71%. en agricultura, ventas y oficios varios como subempleo o de empleo informal, 14%.</p>	<p>La totalidad registra un promedio de entre 0 y 6 meses de noviazgo antes de vivir con su pareja, en un 50% entre 16 y 19 años. No estaba enamorada el 64%. El 50% era entre 6 y 10 años menor que su primera pareja; y un 43%, entre 11 y 20 años. Oficio de la pareja: agricultor y múltiples (71%). Violencia en la vida de pareja (86%). Ninguna tuvo planificación familiar ni antes ni después del primer embarazo. El 86% por rechazo de la pareja; un 14% por oposición propia y 14% por desconocimiento o falta de acceso. El parto fue con partera en el campo (86%) o en casa, sin ayuda (14%).</p>	<p>Para el 86% no existían nociones de "proyecto de vida" en su entorno. Un 21% tenían expectativas impedidas por situación económica, falta de apoyo familiar. Primeras expectativas de vida (29%) en preadolescencia, (57%) en edad adulta. El 57% tuvo su primer hijo entre 16 y 19 años. Número de hijos promedio de 6 a 8. Embarazo por naturalización (79%). Embarazo adolescente no es un problema (86%). Su entorno lo normaliza (79%) si se tiene pareja, no si se es madre soltera. Estigma (21%) si es en la adolescencia temprana. Para el 93% la vida no cambió después de ser madre.</p>

Fuente: Elaboración propia basada en la investigación de campo (2018).

Maternidad modernizante

La segunda generación de madres adolescentes que entrevistamos para esta investigación vivió procesos de urbanización acelerada que hicieron que su experiencia de la maternidad significara un tránsito modernizante entre lo rural y lo urbano marginal. Durante el primer cuarto del siglo XX, la urbanización en América Latina estaba entre los niveles de las regiones menos desarrolladas del mundo. No obstante, entre 1925 y 1975, creció su nivel de urbanización, aproximándose al de las regiones más desarrolladas (Lattes, 1995). Estos procesos de urbanización basados en la periferización y en la transferencia de población de las áreas rurales a las urbanas, produjeron un crecimiento demográfico acelerado.

El número absoluto de pobres aumentó, convirtiéndose en un problema para la región. En 1970, el 37% de los pobres eran pobres urbanos. En 1980, ya sumaban el 57% (Lattes, 1995). “América Latina, que se caracterizó por tener ciudades de campesinos, dio paso a las ciudades de pobres” (Carrión, 1987, p.18). En el Ecuador, en la década de los 80, el nivel de urbanización fue del 47%; (Lattes, 1995: 56). Para el caso ecuatoriano, tuvo un peso considerable la transferencia de población rural a las ciudades; en el período 1980-1990, el incremento urbano por este concepto fue del 48.3% (Lattes, 1995).

Fueron años de modernización capitalista y desarrollismo, que caracterizaron un incipiente proceso de industrialización que fortaleció la tendencia de concentración bicefálica y desigual en el Ecuador. Dos ciudades primarias (Quito y Guayaquil) fueron ejes de un proceso de urbanización concentrador y excluyente (Carrión, 1987). Ya otras ciudades intermedias se habían ido creando por ampliación de la frontera agrícola, pero siempre de forma marginal. En lo urbano, se concentran las poblaciones de forma espontánea o planificada y lo marginal es un escenario social que priva a los sujetos de las condiciones materiales y simbólicas para su integración social (Enríquez, 2011).

En las mujeres de la segunda generación cambia la noción de un tiempo circular a un tiempo lineal, en donde el progreso se convierte en el horizonte, como una promesa que justifica su vida ambulante y su continua búsqueda de días mejores. De los tres tipos de maternidad esta es la más contradictoria, puesto que mientras en la realidad cotidiana solamente existen el día a día, el corto plazo, el tiempo frágil, la inestabilidad y la incertidumbre que dificultan la planeación del porvenir, en ellas persiste el anhelo de un futuro mejor. Por esto es la maternidad del afán modernizante, del conflicto por trabajo, educación, vivienda y un proyecto de vida deseado que “oscila entre el repliegue y el progreso, la esperanza y la frustración” (Doré, 2008, p. 91). Se profundiza, así, su condición de sujetos móviles y precarizados, situados entre los cambios múltiples y las constantes rupturas con el pasado.

“Yo no tenía conocimiento de qué era tener una relación con un hombre, nada, porque yo era muchacha del campo. Él me decía “quién te va a dar un estudio”, entonces yo me dejé convencer, porque a mí me gustaba estudiar. A mí siempre me gustó ser costurera, ser enfermera y nunca salieron las ideas que yo me imaginé. No más avancé hasta cuarto grado.” (Entrevista personal, mujer de 40 años).

Son mujeres de origen campesino, sin oportunidades de progreso en poblados rurales que, entre la década de los 90 y parte del 2000, iban quedando deshabitados por la falta de empleo y por la expansión económica hacia los centros urbanos. Son poblaciones flotantes de ciudades y pueblos costeños que nunca terminan de convertirse en ciudades. Si bien la migración por trabajo es el gran eje transformador de la vida rural en urbana y del subdesarrollo en desarrollo, este no es un proyecto propio de las mujeres, sino de sus maridos y para sus hijos. Además, al trabajar en condiciones de inestabilidad e informalidad, sólo es posible su inserción (parcial) en el sistema productivo y en la vida urbana.

La década de los 90s, marcada por una serie de procesos de ajuste económico, privatización y reducción del tamaño del Estado en el Ecuador, generó la exclusión de los pobres urbanos del acceso a tierras y a servicios antes, de cierta manera, gestionados desde el sector público. En la época neoliberal⁶ los pobres urbanos tuvieron una frágil o ninguna inserción estructural, sobre todo en el empleo. He ahí el desajuste y la contradicción entre tener expectativas o metas y entre tener los medios para alcanzarlas.

En el periodo 1950-1990, la población de Santo Domingo se incrementó 75 veces –de 1.498 a 120.000 habitantes– (Centro de estudios Ciudad-ACJ, 1992, p. 11). En la década de los 90, se produjo una segunda ola migratoria de carácter interurbano⁷. Para ese año, el 60% de la población total del cantón se había concentrado en la ciudad, convirtiéndose Santo Domingo en la ciudad intermedia de mayor crecimiento y en menor tiempo, a nivel nacional. No obstante, como uno de los desajustes del crecimiento, “al tiempo que la población urbana crece, la concentración de la pobreza en la misma se agudiza: en la década de los 90, Santo Domingo comparte con las ciudades de la costa los mayores índices a nivel nacional de pobreza urbana (83%)” (Hidalgo, 1999, p.25).

En Santo Domingo, con un modelo clientelar de ocupación del suelo mediante invasiones y asentamientos irregulares, se agravó la situación de los pobres urbanos. Cristo Vive es una de las cooperativas de vivienda que datan de esta época. Al 2015 tenía aproximadamente 6.420 habitantes, distribuidos en seis barrios y en alrededor de 1.700 familias (GAD Santo Domingo 2015 citado en Massón, 2014). Los terrenos sobre los que actualmente se asienta pertenecieron a la compañía Oleaginosas Cía. Ltda., y fueron tomados en 1999 por un grupo de personas de origen rural, armadas y encabezadas por el ex alcalde Ramiro Gallo. Se trata de una zona de alto riesgo social, en donde además se registra un alto número de embarazos adolescentes⁸ (Massón, 2014). Sobre la violencia que se vivió en esas primeras épocas existen varios testimonios:

⁶ Con el neoliberalismo, lo urbano marginal se convirtió en “una condición de vida permanente y global que se mantuvo y acentuó con el tiempo” (Enríquez, 2011, p. 56).

⁷ La primera ola migratoria tuvo el campo como eje de crecimiento. El peso migratorio acumulado entre 1950 y 1982 fue del 83.48%, es decir, 8 de cada 10 habitantes de Santo Domingo eran inmigrantes.

⁸ Al 2012, en el Circuito de Salud Cristo Vive se registraron 51 casos de embarazo adolescente. En el 2013, la cifra incrementó a 65 casos y en el 2014 fue de 61, según el Departamento de Estadística del Distrito de salud 23 D01 de Santo Domingo (MSP 2014 citado en Massón, 2014).

“Cuando llegamos este barrio era dañado. Por aquí era terrible. Uno no se asomaba. Aquí era, uno tras de otro amanecía muerto. Ladrones, así, hombres malos, entre ellos se mataban. Aquí la mujer no podía salir porque era peligroso, las violaban aquí.” (Entrevista personal, mujer de 45 años).

Las mujeres permanecían en sus casas mientras sus maridos se enfrentaban para defender sus terrenos y 'limpiar' el barrio de la delincuencia de la que no eran directamente víctimas porque, al ser recién llegados, no tenían mayores posesiones que los otros pudieran sustraer. Todos estaban en una posición similar: migrantes, pobres, con grandes familias y muchos de ellos sin trabajo. Los primeros años de colonización fueron una época de grandes conflictos por la repartición de tierras:

“Aquí murió mucha gente. Aquí era una guerra. De allá venían con palos, machetes, escopetas y se daban y se abaleaban de aquí para allá y de allá para acá. Se mataban por los lotes.” (Entrevista a mujer de 47 años).

En tanto proyecto familiar, los sucesivos desplazamientos territoriales construyen una figura de madres fuertes, que saben trabajar en el campo y en la ciudad, que luchan por adaptarse a los cambios repentinos, bien sea por la pérdida de las fuentes de empleo o del espacio para habitar. Además de vivir en una nueva realidad espacial (Santo Domingo), experimentan una nueva realidad temporal. En relación con su vida en el campo, existe una aceleración progresiva del ritmo vital y un mayor dinamismo en sus anhelos y propósitos de corto plazo. Ya se permiten desear o tener metas, aunque no necesariamente las consigan ni puedan elaborar un plan racional para alcanzarlas. Se liberan de un pasado en el que la historia se repite, y una vez marcada esta ruptura, se proponen mejorar su historia y la de sus familias.

La obligación de abandonar el campo, entre la necesidad y la nostalgia, entre el deseo y el temor, es el embrión de un escenario desconocido: la ciudad marginal, en donde se abren paso para continuar su búsqueda del progreso, casi siempre en nombre de sus hijos. Están motivadas por la curiosidad y por las ganas de conocer la ciudad, sin embargo, no poseen muchas herramientas para sobrevivir en ella, más que su juventud que les permite ofrecerse como mano de obra flexible, en un modelo que va cambiando hacia la economía de servicios.

La subsistencia se vuelve más problemática para ellas que para la primera generación de mujeres que vivía de los productos de la tierra y de su cultivo en el campo; además, en una época neoliberal en donde experimentan el abandono del Estado. Primero, ya no son colonas, es decir, ya no consiguen los terrenos para habitar de manera gratuita, sino a bajo costo u obtienen espacios cedidos por familiares o por patronos a cuenta de cuidarlos. Segundo, han tenido poco acceso a la educación en una época en la cual educarse empieza a ser más demandado que para la primera generación.

En lugar de la oferta educativa pública, existen instituciones privadas como las academias que ofrecen cursos cortos y prácticos de oficios feminizados a bajo costo. Las adolescentes casadas o embarazadas, si bien no eran formalmente rechazadas por el sistema educativo, tampoco eran amparadas desde ningún marco legal o derecho a la educación. Al contrario, soportaban el estigma y la vergüenza de vivir entre un rol de adultas (tener marido o ser madres) y un rol (la educación) que, desde el marco normativo, era el adecuado para su edad.

Estudí hasta quinto y luego ya no me quisieron recibir, como ya me metí a marido. Dijeron que no porque como era colegio de señoritas... (Entrevista personal, mujer de 36 años).

Lo mismo ocurre con otra mujer de esta generación que describe cómo en la época de su adolescencia y en su entorno no era común ver casos de adolescentes embarazadas en el colegio, hecho que habría sido una especie de incentivo para no sentirse “rara”, sola, o estigmatizada y así continuar estudiando. Por esa misma razón, ella decidió abandonar los estudios:

Dejé el colegio después de mi embarazo porque ya me junté con mi esposo y ya no quise ir, yo decía que iba a andar barrigonota ahí en el colegio y ya no fui. (Entrevista personal, mujer de 26 años).

El embarazo adolescente en América Latina empezó a ser concebido como un problema de salud pública desde la década de los 80. En el campo todavía se vivía como un acto biológico normal, pero empieza a ser visto de forma conflictiva en la ciudad. De ahí que las mujeres que migraron del campo a la ciudad sintieran vergüenza de exponerse en esa condición (embarazadas) frente a la familia, al barrio y al colegio.

Estudí la primaria nomás y no la terminé. Yo no quería estudiar porque en el tiempo de antes se burlaban porque yo ya tenía niños y era casada. En la escuela ya nadie quería juntarse con uno. A veces los profesores hasta se querían propasar con uno. Eso me afectó bastante y dije no estudio más, solo me voy a dedicar a mis hijos y a trabajar, ahí dejé todos mis sueños. (Entrevista personal, mujer de 25 años).

La contradicción entre el anhelo de modernizarse y las posibilidades reales de conseguirlo, es una constante en esta generación. Quienes no cuentan con los medios económicos para financiar la educación, se frustran al comparar su historia de vida con las posibilidades de movilidad social que sí pueden tener otras compañeras:

Algunas que quedaron se graduaron, otras se fueron a otros colegios. Cada cual se fue a estudiar a otro lado. Las que tenían plata se iban a Esmeraldas, a Quinindé. Yo también quería irme a Quinindé, pero no me mandaron. Mi mami nos decía que allá no íbamos a estudiar, que íbamos a vagar, las vecinas le metían cuentos. Me quedé yo de todas las compañeras; se fueron casi la mayoría. (Entrevista personal, mujer de 36 años).

Algunas mujeres prefieren no trabajar y que sea su pareja quien provea para el sustento de la familia, pero a la mayoría el trabajo le permite contribuir con la economía familiar, sentirse útil, además de conocer nuevos espacios de interacción y otros

referentes culturales, como sus jefas, amigas o compañeras de trabajo que, de alguna manera, influyen en la resignificación de su identidad como mujeres y como madres. Sus expectativas de vida son más concretas y sus proyectos con sentido utilitario: familia, vivienda propia y trabajo.

Son madres en la adolescencia tardía, igual que las mujeres de la primera generación. Ser madre joven no es un problema si se tiene pareja. Para la crianza de sus hijos, las madres se apoyan en familiares que viven cerca del barrio y en vecinas, disminuyendo la carga de cuidado a sus hijos mayores, que ahora se dedican a estudiar, dado que la educación se va convirtiendo en el gran proyecto de las nuevas generaciones.

Las mujeres de la segunda generación pertenecen al campo y también a la ciudad, así que la sociabilidad se convierte en una cualidad importante para la supervivencia en el nuevo medio urbano. Cuando recuerdan sus lugares de origen o las ciudades por las que han transitado, evocan su adolescencia como un tiempo de amistades y relaciones con la gente en sus pueblos, capitales que van perdiendo mientras ganan otros, al moverse de un lugar a otro. Estas mujeres son vulnerables y fuertes a la vez, han interiorizado al sujeto neoliberal, flexible y resiliente, y por esas mismas cualidades asumen con menor dificultad el acostumbrarse a la vida en la ciudad.

Ya conocen el sistema de salud pública al que las abuelas no tuvieron acceso. Sin embargo, sus primeros partos durante la adolescencia siguen siendo en el campo, con la ayuda de parteras. Acuden a los centros de salud para hacerse los controles médicos, en donde empiezan a conocer sobre planificación familiar, pero sus parejas no están de acuerdo con que ellas controlen la fecundidad. Algunas los desafían y utilizan protección frente al embarazo, pero siempre después del segundo o tercer hijo, porque declaran no haber tenido conocimiento en el primero y, sobre todo, porque están convencidas de que el embarazo es un rol del orden natural.

Las mujeres de esta generación también son madres menos abnegadas. Con esto, rompen el modelo tradicional de la maternidad sacrificada. Aunque confiesan amar a sus hijos, están conscientes de las dificultades que trae consigo la maternidad. Y aunque continúan privilegiando este rol, no están dispuestas a entregarse a una actitud maternal absoluta. Por eso no renuncian a sí mismas ni a salir como lo hacían antes de ser madres. Entonces coexisten maternidad y anhelo de progreso, en medio de unas condiciones históricas y económicas difíciles, que convierten sus expectativas de vida en toda una paradoja de la modernidad.

Tabla 2. Tipología de maternidad modernizante

Tipo	Origen familiar	Educación	Trabajo	Planificación familiar	Proyecto de vida
MATERNIDAD MODERNIZANTE	<p>Madres en quehaceres domésticos (58%) y simultáneamente en trabajo doméstico y en comedores (42%). Padres agricultores (75%)</p> <p>Durante la adolescencia, 42% quehaceres domésticos, 33% trabajo y 25% educación y labores domésticas.</p> <p>Normalización de la familia ante el primer embarazo 92%.</p>	<p>Primaria incompleta, 67%; secundaria incompleta, 33%; cursos prácticos en academias, 25%.</p> <p>Tipo de formación: 67% teórica y en nivel básico y 42% práctica y en oficios técnicos que eligieron por gusto propio (33%) o no había otra opción (42%).</p> <p>Deserción educativa 58% por primera unión de pareja, embarazo y estigma. Un 33% ya lo había abandonado antes. El 58% consideran útil la educación para acceder a un empleo.</p>	<p>Un 75% empezó a trabar entre 11 y 15 años, como empleada doméstica, niñera (58%) o en otros servicios, desplazando el trabajo en el campo.</p> <p>Un 58% piensa que el trabajo cubre los gastos en la ciudad (42%). Desean trabajar, pese a que sus parejas se oponen (33%).</p> <p>Solo quehaceres domésticos, 83%; 16% vendedoras; comedores y qq.dd.</p>	<p>Un 92% conoció a su primera pareja en el barrio. El 42% no estaba enamorada del padre de su primer hijo. El 92% tuvo promedio de entre 0 y 6 meses de noviazgo.</p> <p>Oficio de la primera pareja vendedor o comerciante (58%). El 67% empieza a convivir con su pareja entre 16 y 19 años. Violencia en pareja 50%. Ninguna tuvo planificación familiar antes del primer embarazo. Por rechazo de la pareja, 67%. Un 83% recibió información sobre métodos anticonceptivos en centros de salud pública. El 83% tuvo parto en hospital y 17% en casa.</p>	<p>Para el 67% sí existían nociones de "proyecto de vida" en su entorno. Un 33% no tenía uno propio; lo empezó en adolescencia el 33%, y el 17% en adultez.</p> <p>Pareja e hijos impiden (58%) continuar proyectos de vida, vivienda propia y trabajo (58%).</p> <p>Un 75% tuvo primer hijo entre 16 y 19 años. Promedio de 3 a 4 hijos, Embarazo adolescente no problema (75%). Entorno normaliza (42%) si se tiene pareja. Para el 83%, su vida no cambió después de ser madre.</p>

Fuente: Elaboración propia en base a la investigación de campo (2018).

Maternidad liberal

La tercera generación de mujeres entrevistadas fue madre adolescente entre la década del 2010 y la actualidad, y mantiene una relación contradictoria entre el discurso de un sujeto liberal y autónomo y la marginalidad urbana como escenario concreto en donde viven. La igualdad de oportunidades y la libertad de elección de los individuos son puntos importantes de la doctrina liberal que, de alguna manera están garantizadas en el discurso pero no en la realidad específica, marcada por una serie de circunstancias materiales e históricas que condicionan la experiencia de los seres humanos. Precisamente esa es la crítica contemporánea al feminismo liberal, que desconoce la particularidad de los contextos en donde se interseccionan una serie de categorías como clase social, etnia, género y sexo, dando forma a los problemas situados de las mujeres.

Durante el régimen de la Revolución Ciudadana⁹, la inclusión social fue una de las políticas de Estado. Se intentó incluir socialmente a embarazadas, niñas, adolescentes y víctimas de violencia doméstica en un rol de ciudadanas empoderadas, no obstante, beneficiarias de la asistencia del Estado en forma de accesos a los sistemas de educación, de salud y a la protección social (Guchin, 2010). Se trata de un desarrollismo paradójico que construye sujetos vulnerables y a la vez capaces, emprendedores y autónomos.

En esta tercera generación de madres adolescentes, el individuo prima sobre todo lo demás. El discurso de la maternidad como sacrificio absoluto ya no es de utilidad para comprender su experiencia. Estas adolescentes no esconden la vulnerabilidad ni el cansancio que les produce el ser madres, tampoco ocultan que les genera momentos de alegría y realización personal:

Cuando miré para atrás ya era tarde para arrepentirse. Yo decía: “¿Para qué me metí con marido?”, pero ya había metido la pata y ya tenía a mis tres hijos. Si pudiera retroceder el tiempo no me casaría y seguiría estudiando. (Entrevista a mujer de 28 años).

Sin embargo, la maternidad temprana no es un impedimento para cumplir sus expectativas personales. Ya no renuncian a sus deseos en nombre de una maternidad incondicional porque antes que madres son personas. El feminismo liberal reprueba la maternidad en tanto limita la participación de las mujeres en la esfera pública. Por esta razón, la mujer investida de una retórica liberal, exige salir del espacio doméstico. Ya no está dispuesta al sacrificio ni a la abnegación de la madre tradicional cuyo único rol es la maternidad y el cuidado de los otros. Ahora se proyecta a través de la educación, la profesionalización y el trabajo, como espacios constitutivos de la vida moderna. Así, la maternidad es un derecho, una decisión personal respecto de sus propios cuerpos y proyectos de vida.

A nivel global, a partir del siglo XX, las mujeres tienen identidades múltiples: son madres, esposas, amas de casa, trabajadoras, profesionales e independientes. Ya no son madres para la nación ni para los otros. Ahora son sujetos autónomos y su maternidad es una

⁹ Revolución Ciudadana fue un proyecto político y socioeconómico formulado por una coalición de políticos de izquierda con una variedad de organizaciones sociales en el Ecuador. Encabezado por el presidente Rafael Correa, buscó desde 2008 hasta 2017 lograr gradualmente la reconstrucción socialista de la sociedad ecuatoriana.

manifestación del querer y no del deber, “del tránsito del mundo de la tradición que marcaba su destino al de la elección” (Branciforte, 2008, p. 45). Por eso, anhelan tener un proyecto de vida desde la perspectiva de la existencia completa y no solamente desde el lugar del marido, de los hijos, de las cosas de la casa o del sexo (Maffía, 2003).

En la tercera generación de madres adolescentes cambia la concepción del tiempo rápido a un tiempo todavía más acelerado. Estas mujeres tienen muy definido un pasado que no quieren repetir, un presente que desean vivir a plenitud y deprisa y un futuro para el cual quisieran estar preparadas aunque tampoco tienen muy claras las estrategias necesarias para alcanzar ese objetivo. Se trata de una generación que no elabora grandes proyectos a largo plazo, sino que elabora y reelabora sus metas en la cotidianidad. Su experiencia es la de la maternidad ambulante. Van con sus hijos de un lado a otro, adaptándose a la movilidad territorial de sus parejas, sobre todo por trabajo, como parte de un proyecto familiar.

Son objeto de una menor movilidad interurbana que las generaciones pasadas pero de una mayor movilidad intraurbana, es decir, que van de un barrio a otro dentro de Santo Domingo, moviéndose entre las casas de sus familiares que les prestan vivienda o la mayoría arrendando de un lado a otro a bajo costo. Algunas llegaron a Cristo Vive por ser el barrio en donde viven sus parejas y cuando se separan, que es lo más frecuente en estas uniones de parejas jóvenes, regresan a sus barrios o se mudan a otros nuevos con familiares.

Las mujeres no permanecen mucho tiempo en una relación que las violenta o que no les permita mantener por lo menos algún grado de autonomía o de bienestar. Tienen menos miedo que las generaciones anteriores a la ruptura y al rehacer, que es una constante en sus vidas y en su discurso que enuncia la defensa de la libertad individual. Varias de ellas reconocen abiertamente que la maternidad o que la primera unión de pareja fueron un error que, no obstante, no es un impedimento para continuar con otras metas, una vez que se concibe a la maternidad no como un proyecto exclusivo en la vida de las mujeres.

Conceptualmente, ya saben qué es un proyecto de vida. Lo han hablado en sus escuelas y colegios y muy probablemente han elaborado uno propio alguna vez. Inician su vida sexual más temprano que las generaciones pasadas y por eso también son madres al menos un par de años antes que la primera y segunda generación (adolescencia temprana), lo que provoca que sean estigmatizadas, sobre todo si no tienen pareja, porque su medio social sigue valorando a las mujeres en tanto han 'completado' su existencia mediante el esposo y los hijos. Su forma de vida es la unión libre con parejas mayores que generalmente han conocido en bailes y fiestas.

Para enfrentarse a las viejas estructuras de la maternidad tradicional mantienen las mismas estrategias que las mujeres de la primera y segunda generación: la crianza o cuidado compartido. Un modelo de maternidad más colectivo en el que participan sus familiares, vecinas y pareja mientras las adolescentes continúan estudiando la secundaria, trabajando fuera de casa y/o saliendo a divertirse. Aunque sean madres no dejan de recrearse, de practicar algún deporte que les guste, o de ver sus telenovelas, navegar en internet y estar activas en redes sociales:

Mi marido me dice “tengamos otra niña”. ¡Ay, no!, le digo, conmigo no, no quiero saber ni de niña ni de niño porque yo soy enseñada así: si quiero irme a algún lado, al centro, así, si

quiero ir a aprender, yo me voy sola. En cambio, estando embarazada es imposible. No puedo salir y peormente, ya con hijos. Tengo que andar con los pañales, con las vacunas. Eso no quiero yo (Entrevista personal, mujer de 23 años).

La mujer como individuo con derechos y libertades importa, de ahí que la maternidad tampoco en esta generación sea vivida desde el lugar del autosacrificio y de la renuncia sino de la coexistencia, a veces contradictoria y a veces pacífica. No obstante, la maternidad sigue siendo naturalizada como parte esencial de la vida de las mujeres, por eso no se cuestionan si ser madres o no, pero sí el número de hijos que deciden tener, el uso de métodos anticonceptivos y quién se encargará del cuidado de los hijos.

Consideran que el trabajo les permitirá tener mayor autonomía en el hogar y ser un ejemplo para sus hijos, pero sobre todo, acceder al consumo. Incorporarse al mercado laboral es su meta para contribuir al sostenimiento familiar o incluso para sostener solas a sus hijos, opción que siempre mantienen presente por la fragilidad de los vínculos que establecen. Desean trabajar, pese a que sus parejas conservan la idea de que es el hombre quien mantiene el hogar o que ubican a los hijos como impedimento. Mientras tanto, ellas se desapegan cada vez más pronto de sus hijos y utilizan la planificación familiar como una estrategia para el control de la fecundidad. Pero planifican siempre desde el primer parto, cuando acuden a instituciones de salud pública que les facilitan el acceso a métodos anticonceptivos.

Por primera vez, la educación se convierte en una conquista personal, aunque luego, haber completado la secundaria, no les garantiza conseguir un empleo. Es el estatus lo que importa. Sentirse orgullosas de terminar la secundaria (la mayoría en instituciones públicas) y ser capaces de ayudar a sus hijos a hacer las tareas cuando vayan a la escuela. Las jóvenes prefieren los trabajos no difíciles, sobre todo como niñeras, en quehaceres domésticos o como meseras.

Si a las abuelas les preocupaba la subsistencia y encontrar un lugar propio para vivir con sus hijos, las madres de esta tercera generación ya no luchan por un terreno propio, sino que rentan espacios económicos para vivir y precisamente para costear esos gastos es que necesitan un empleo remunerado. Ya no tienen la alimentación garantizada. Son nativas de zonas urbanas muy pobres, acostumbradas a vivir en asentamientos irregulares, cambiándose de un lado a otro cuando las desalojan o cuando cambian de pareja.

Tabla 3. Tipología de maternidad liberal

Tipo	Origen familiar	Educación	Trabajo	Planificación familiar	Proyecto de vida
MATERNIDAD LIBERAL	<p>Madres en quehaceres domésticos, 64%, y 36% a tareas del hogar y trabajo como empleadas domésticas, comedores, comercio y otros servicios. Padres albañiles u otros servicios, 36%. Durante la adolescencia, 73% educación y labores domésticas y 18% solo a trabajo. Familia ante primer embarazo: rechazo (64%), normalización (18%).</p>	<p>Todas estudiaron primaria; 18% secundaria completa; 55%, incompleta. Un 64% ha elegido esas especialidades por no tener otra opción. Un 64% estudio presencial; 9%, a distancia; 18% bachillerato acelerado y 9% proyecto social. Tipo de formación: 45% práctica, 27%, básica y 27% mixta. Educación: empleo (55%). 55% abandonó ante primera unión de pareja y primer embarazo por estigma; 27% ya lo había abandonado antes.</p>	<p>Nunca ha trabajado, 45%. Un 27% empezó a trabajar en la adolescencia temprana y 27%, en la tardía, en sector servicios (55%), como empleadas domésticas o niñeras. 82% trabajo: autonomía. Desean trabajar, pese a que sus parejas conservan la idea de que el hombre mantiene el hogar (64%) o que ubica a los hijos como impedimento (18%). Quehaceres domésticos (64%) y estudiar (27%), simultáneamente.</p>	<p>Un 55% conoció a su primera pareja en el barrio; el 27% en el colegio y 18% en otros espacios comunes. Un 73% sí estaba enamorada del padre de su primer hijo. El 64% registra un promedio de entre 0 y 6 meses de noviazgo. Oficio de la primera pareja: vendedor, comerciante (64%). Empieza a convivir con pareja, 64% entre 12 y 15 años. El 82% no tuvo planificación familiar antes de primer embarazo y 91% después. Un 55% recibió información sobre anticonceptivos en el colegio y 27% en centros de salud pública.</p>	<p>Todas tienen nociones de "proyecto de vida" en su entorno. Un 18% configura proyecto de vida en infancia y el 82% en preadolescencia. Algunas, después de la maternidad, siendo ambos una carga extra para lograr sus metas de vida. El 91% de sus familias tienen expectativa de que sus hijas estudien y trabajen. Un 73% anhela tener un oficio y el 27%, ser referente para sus hijos. Tener pareja y embarazo interrumpe el proyecto vital (55%), por estigma</p>

Fuente: Elaboración propia en base a la investigación de campo (2018).

Conclusiones

Investigar la maternidad adolescente a partir de la delimitación de la población de estudio por condición etaria, de género, generación y clase social (enfoque interseccional) nos ha sido útil analíticamente para comprender cómo la combinación de estos factores produce diferentes formas de experimentar un mismo fenómeno como la maternidad, destruyendo con ello la concepción homogeneizante con la que se ha observado al embarazo adolescente desde la década de los 80s en América Latina.

Encontramos relevante contrastar el discurso público y la experiencia subjetiva y social, porque un discurso que únicamente construye mujeres vulnerables en tanto adolescentes, pobres y madres, no permite comprender los sentidos que mueven a las mismas mujeres quienes, desde una reflexividad particular, encuentran un significado propio en la maternidad, reprobada por estos discursos oficiales. Los discursos feministas liberales, estatales, biomédicos y psicologizantes desconocen la particularidad de la experiencia y por eso condenan a las madres adolescentes pobres a un lugar de carencia, inestabilidad y subdesarrollo, cuando la maternidad también es experiencia social, coexistencia o ambivalencia frente al proyecto de vida personal.

A lo largo de este estudio comprobamos que la posición de marginalidad en la que están ubicadas estas mujeres, no determina por completo sus formas de construir un proyecto de vida, sino que la idea del proyecto de vida requiere ser históricamente situado, afín a un contexto y a una estructura de oportunidades distribuidas en el territorio y en los espacios en que son socializadas. De esta manera, atravesamos el discurso público y la concepción de la maternidad adolescente como un problema o una forma de esclavitud, opresión y explotación, situando en el centro a las mismas mujeres que la experimentan, como sujetos dotados de reflexividad social. Estos hallazgos pretenden ser una contribución al rebatir el enfoque de riesgos tan usual para la investigación de este tipo de poblaciones (adolescentes, mujeres, embarazadas y pobres). Por el contrario, ofrecemos un enfoque analítico que destaca el papel del sujeto en la construcción de sus propios marcos de sentido frente a una realidad dinámica con múltiples significados como es la maternidad adolescente.

Bibliografía

- Aedo, Andrés (2012): "La estratificación social por dentro: proyectos de vida en las clases sociales en Chile", en *Revista Austral de Ciencias Sociales*, No.19, p. 29-52. Chile.
- Badinter, Elisabeth (2011): *La mujer y la madre: un libro polémico sobre la maternidad como nueva forma de esclavitud*. Madrid: La Esfera de los Libros.
- Bourdieu, Pierre (2000): *La dominación masculina*. Barcelona: Editorial Anagrama

Branciforte, Laura (2009): "La maternidad: el tránsito desde la tradición a la elección en la edad contemporánea", en *Cuadernos Kóre*, Vol 1, No 1, p. 41-52. Universidad Carlos III de Madrid

Carrión, Fernando (1987): *La urbanización ecuatoriana*. Quito: Centro de Investigaciones CIUDAD.

Centro de Estudios Ciudad (1992): *Santo Domingo de los Colorados. Los desajustes del crecimiento*. ACJ: Ecuador.

Climent, Graciela (2002): "El derecho a la educación y los proyectos de vida. Perspectiva de las madres de las adolescentes embarazadas de una zona del Gran Buenos Aires", en *La Ventana*, No 15, p. 313-353.

Comisión Económica para América Latina (2014): *La reproducción en la adolescencia y sus desigualdades en América Latina. Introducción al análisis demográfico, con énfasis en el uso de microdatos censales de la ronda de 2010* [online]. Disponible en <http://bit.ly/2q2IAWx>

Contreras, Jacqueline et.al. (1991): *Las niñas mamás*. Quito: ALDHU.

De la Concha, Ángeles y Osborne, Raquel (coords.) (2004): *Las mujeres y los niños primero: discursos de la maternidad*. Barcelona: Icaria.

Dirección de Estadísticas Sociodemográficas (2014): *Anuario de Estadísticas Vitales - Nacimientos y Defunciones 2014* [online]. Disponible en <https://bit.ly/2r532lq>

Doré, Emilie (2008): "La marginalidad urbana en su contexto: modernización truncada y conductas de los marginales", en *Sociológica*, Vol. 23, No. 67, p. 81-105.

Dubet, François (2010): *Sociología de la experiencia*. España: Editorial Complutense

Lattes, Alfredo (1995): *Urbanización, crecimiento urbano y migraciones en América Latina. Buenos Aires-Argentina*: Centro de Estudios de Población (CENEP).

Enríquez, Pedro (2011): "El espacio urbano como lugar de marginalidad social y educativa", en *Argonautas*, Nº 1, p. 48-78.

Federici, Silvia (2010): *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Buenos Aires: Tinta Limón Ediciones

García, Gloria (2014): "Embarazo adolescente y pobreza, una relación compleja", en Iztapalapa, *Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, No. 77, p. 13-53. México D.F.: Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Iztapalapa.

- Genolet, Alicia, Lera, C., Gelsi, C., Schoenfeld, Z., Musso, S., Mulone, M. S., y Schmuck, M. S et. al., (2004): "La experiencia del embarazo en el tránsito de la adolescencia", en *Ciencia, Docencia y Tecnología*, Vol. XV, No. 28, p. 51-94. Argentina: Universidad Nacional de Entre Ríos.
- Gómez, Sergio (2003): "¿Nueva Ruralidad? Un aporte al debate", en *Estudios Sociedade e Agricultura*, Vol. 9, No 2, p. 5-32.
- González, Leybiz (2010): *Género, adolescencia y altas capacidades: Un acercamiento a la afectividad*. España: Universidad de Huelva.
- Guchin, Mónica (2010): "El estado ecuatoriano y las mujeres. ¿Nuevos sujetos de la Revolución Ciudadana?": Tesis (Maestría en Estudios de Género), Ecuador: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Departamento de Sociología y Estudios de Género.
- Hidalgo, Mauro (1999): "Reflexiones en torno a la práctica de gestión urbana: el caso de Santo Domingo de los Colorados", en *Ciudadanías emergentes: Experiencias democráticas de desarrollo local*. Ediciones Abya-Yala. Quito.
- Kaztman, Rubén y Retamoso, Alejandro (2005): "Segregación espacial, empleo y pobreza en Montevideo", en *Revista de la CEPAL*, No 85, p.131-148. Quito: CEPAL.
- Lagarde, Marcela (2014): *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*. México: Siglo Veintiuno.
- Larrea, Ramiro (1994): *Criar hijos no es fácil: familia y crianza en sectores populares*. Quito: CEPLAES.
- Maffía, Diana (2003): "Socialismo y liberalismo en la teoría política contemporánea", en Borón, Atilio (Comp): *Filosofía Política Contemporánea*, p. 173-178. Buenos Aires: CLACSO (Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales).
- Mannheim, Carl (1975): *Diagnóstico de nuestro tiempo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Marcús, Juliana (2006): "Ser madre en los sectores populares: una aproximación al sentido que las mujeres le otorgan a la maternidad", en *Revista Argentina de Sociología*, Vol. 4, nº 7, p. 99-118.
- Margulis, Mario y Urresti, Marcelo (2008): *La construcción social de la condición de juventud*.

- Massón, Alma (2015): "Resultados de la estrategia nacional intersectorial de Planificación familiar y prevención de embarazos en Adolescentes (ENIPLA), en la población atendida por el Circuito de salud Cristo Vive de Santo Domingo, provincia de Santo Domingo de los Tsáchilas en 2014": 50-72. Tesis. (Maestría en Trabajo Social). Quito: PUCE Ecuador. Facultad de Humanidades.
- Medan, Marina (2012): "¿Proyecto de vida? Tensiones en un programa de prevención del delito juvenil", en *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, Vol. 10, Nº 1, p. 25-50.
- Medina, Gabriel (2000): "Embarazo en adolescentes: aproximación social, cultural y subjetiva desde las jóvenes", en *Aproximaciones a la diversidad juvenil*, Nº 179. México: El Colegio de México.
- Ragin, Charles (2007): "El uso de los métodos comparativos para estudiar la diversidad", en *La construcción de la investigación social*. Introducción a los métodos y su diversidad, p. 177-212. Bogotá: Siglo del Hombre.
- Sacks, Karen (1979): "Engels revisitado: las mujeres, la organización de la producción y la propiedad privada", en Olivia Harris y Kate Young: *Antropología y Feminismo*, p. 247-266. Barcelona: Anagrama.
- Saletti, Lorena (2008): "Propuestas teóricas feministas en relación al concepto de maternidad", en *Clepsydra*, No 7.p. 169-183. España: Universidad de Granada.
- Sanhueza, Tatiana (2005): De prácticas y significancias en la maternidad, transformaciones en identidad de género en América Latina, en. *La ventana, Revista de Estudios de Género*. Vol. 3, No.22, p. 146-188.
- Secretaría Nacional de Planificación y Desarrollo (2013): Buen Vivir. Plan Nacional 2013-2017, [On Line]. Disponible en <http://www.buenvivir.gob.ec/> , consultado el 24/01/2017
- Taillefer de haya, Lidia (ed.) (2011): "Mística de la maternidad y deberes afectivos: un cierto impedimento para el ejercicio de la igualdad", en *La igualdad: nuevas perspectivas de género en educación, lingüística y filosofía*, p.85-110. Málaga: Servicio de publicaciones Centro de Ediciones de la Diputación de Málaga (CEDMA).
- Wortman, Ana (1992): "Viejas y nuevas identidades de los jóvenes de sectores populares urbanos", en *Nueva Sociedad*, No.117, p. 153-158.

Revista Punto Género N.º 14. Diciembre de 2020

ISSN 0719-0417 / 25- 48

Zaldúa, Graciela (2009): "Narrativas adolescentes en contextos críticos, en Facultad de Psicología UBA", *Anuario de Investigaciones*. Volumen XVI. p. 305-310.